

20-N

LA 4^a ALTERNANCIA EN UN CONTEXTO EXCEPCIONAL

Francisco J. Llera Ramo

Resumen

En este artículo se analizan los resultados de las Elecciones Generales de 2011. Estas elecciones han estado influenciadas por un escenario económico complejo, que ha determinado un nuevo sistema de partidos políticos.

Palabras Clave: volatilidad, sistema de partidos, participación.

Abstract

This article discusses the results of the 2011 General Election. These elections have been influenced by a complex economic environment, which has given a new political party system.

Keywords: volatility, party system, participation.

Estas undécimas elecciones generales de la onceava legislatura reúnen algunas circunstancias que permiten caracterizarlas como de excepción. Son unas elecciones de cambio, al producirse la 4ª alternancia en estas tres décadas largas de la nueva democracia española. De estas cuatro alternancias, dos se han resuelto con mayoría absoluta (1982 y 2011) y las otras dos con mayoría relativa (1996 y 2004), alternándose en cada caso el PSOE y el PP.

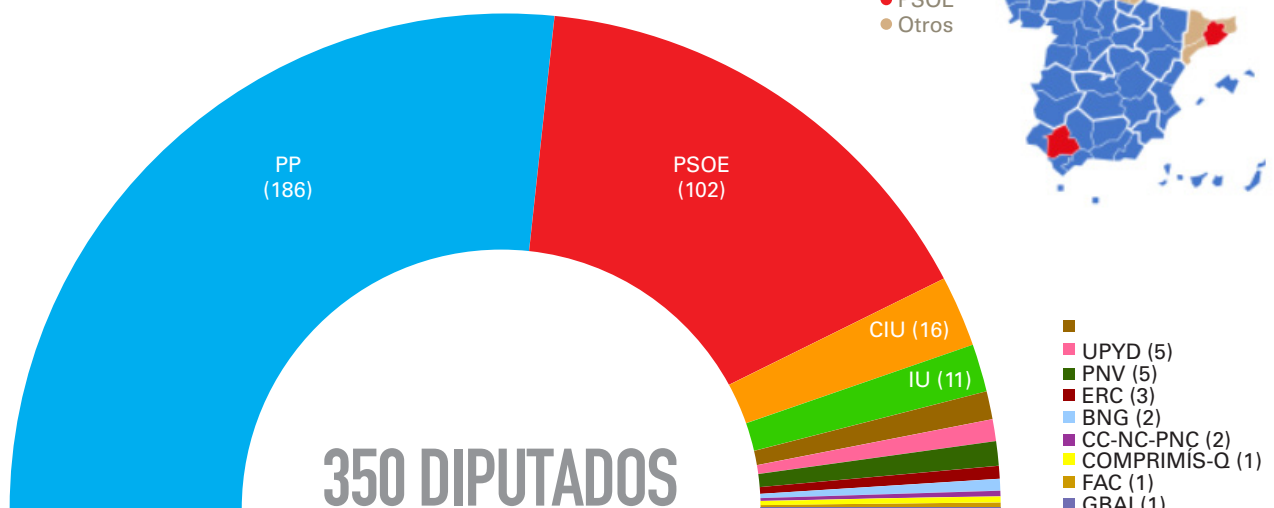
Nunca unas elecciones de cambio se habían producido con tan poca tensión e ilusión, si tenemos en cuenta la baja valoración de los dos candidatos principales y, sobre todo, del aspirante y triunfador.

Sin embargo, a diferencia de todas las demás, éstas han rozado los mínimos de movilización, típicos de las elecciones de continuidad, compartiendo con las de 1982, no obstante, la baja competitividad entre los dos principales competidores (22 puntos en 1982 y 16 en éstas últimas). Por primera vez, desde 1993, los dos principales competidores pierden apoyos durante la campaña electoral (un 1,2 % y un 2 %, respectivamente) y ésta ha tenido tan poco efecto (alrededor de medio millón de electores). El PP había planteado la campaña centrada en la crítica a la gestión de la crisis y con una agenda de moderación para no cometer errores, muy consciente de su ventaja competitiva, gracias al desgaste de la gestión de la crisis por parte del gobierno socialista. Por su parte, el PSOE había planteado la suya mirando al suelo y al riesgo de

hundimiento, con un vértigo que le hacía forzar su discurso de izquierda y agresivo para salvar el voto útil de ese flanco, dando por perdido el del centro. La primera estrategia remaba con la corriente mayoritaria que se fija más en la gestión (54%) que en las promesas (28%), máxime en la actual coyuntura de crisis y la fatiga mayoritaria (58%) por las consecuencias degenerativas del enfrentamiento entre los dos grandes partidos. La segunda chocaba con la caída brutal de la identificación partidista en los últimos tiempos (38%), que afectaba, sobre todo, al propio electorado socialista (-9%), hasta igualarse con la del PP. Pero, nunca unas elecciones de cambio se habían producido con tan poca tensión e ilusión, si tenemos en cuenta la baja valoración de los dos candidatos principales y, sobre todo, del aspirante y triunfador.

Son unas elecciones, además, en la que el sistema de bipartidismo imperfecto nacional, que se instala en 1993 y que hace que los dos grandes partidos que se alternan en el gobierno sumen cada vez más votos (del 73,6% en 1993 al 83,7% en 2008) y escaños (300 y 322, respectivamente), muestra signos de clara fatiga por su retroceso representativo (73,3% de los votos y 296 escaños) y esto a pesar del blindaje que les proporciona el mayoritario sistema electoral. La consecuencia de esta fatiga es la aparición de un parlamento más plural que nunca, sobre todo, en un contexto de bipartidismo (13 partidos y 7 u 8 grupos parlamentarios) y la irrupción, con cierta fuerza, de un partido nacional bisagra en el centro (UPyD), que siempre se había saldado en fracaso en los anteriores intentos y que, de consolidarse, puede cambiar el propio sistema de competición y las pautas de gobernabilidad que hemos conocido hasta este momento. De hecho el 69% aboga por una reforma del sistema electoral que

Composición del Congreso de los Diputados 2011. (100% escrutado)



refuerce nuestro pluralismo y al 59 % les disgusta que los partidos nacionalistas tengan la clave de la gobernabilidad. Pero, sobre todo, una abrumadora mayoría del 84% considera que el enfrentamiento estéril de los grandes deteriora la calidad de nuestra democracia.

En estas elecciones hay records: El PP rompe sus techos electorales y gana más de medio millón de votos; al PSOE se le hunde su suelo electoral y pierde más de 4,3 millones de votos y el 39% de su electorado.

Son unas elecciones que se producen en un contexto de malestar democrático sin precedentes, si tenemos en cuenta que el 62% se muestra insatisfecho con el funcionamiento de nuestra democracia, tras un incremento de 20 puntos en los últimos años, con el 85% valorando como mala o muy mala la situación política, con los indicadores de confianza política y expectativas bajo mínimos, con los políticos como tercer problema y con los partidos situados en el último lugar del ranking de confianza y valoración institucional. En este ambiente surge el movimiento de los indignados o 15-M, que goza con la simpatía del 64% y con el que la ciudadanía comparte buena parte de sus reivindicaciones más generales. Así que no es de extrañar, no solo que haya podido influir en el incremento de la abstención, sino y sobre todo, que haya disparado el voto de protesta (abstención activa, fragmentación testimonial, nuevas opciones, voto en blanco y nulo) para situarse entre 1 y 2 millones en las elecciones al Congreso y, sobre todo, entre 2 y 3 millones en las del Senado, cuya supresión es apoyada por el 53%.

Pero, en estas elecciones también hay records. El PP rompe sus techos electorales y gana más de medio millón de votos desde 2008. Los más de 10,8 millones de votos se quedan a poco menos de medio millón del record socialista de esa misma fecha y superan en esa cantidad los obtenidos por Aznar en 2000. Por otra parte, el 44,6% y los 186 escaños solo han sido superados por el 48,1% y los 202 escaños de Felipe González en 1982 en un contexto muy distinto de partido dominante, tras la implosión de UCD. Además, gana en 45 de las 52 circunscripciones, después de arrebatarle al PSOE 17 de las 23 en las que éste había ganado en 2008, sobre todo en Andalucía, Canarias y Extremadura, entre las más importantes por su apoyo soste-

nido al PSOE. Es verdad que ha ganado votos de los cedidos al PSOE desde 2004 y de los nuevos votantes, sobre todo, pero también los ha perdido a favor de FAC y UPyD, retrocediendo en comunidades como Asturias, Madrid, Valencia, Navarra y Cantabria.

Por el contrario, los records del PSOE son de signo bien distinto. A este partido se le hunde su suelo electoral y pierde más de 4,3 millones de votos y el 39% de su electorado. Sus casi 7 millones, el 28,7% y los 110 escaños son el peor resultado desde los años de la transición y muy cercano al que obtenía el PP entre 1982 y 1989, en los inicios de su viaje al centro y en pleno predominio partidista del PSOE de Felipe González. Por otro lado, nunca su retroceso territorial había sido tan grande y generalizado, manteniendo la mayoría solo en Sevilla (a escasos 3 puntos y un escaño del PP) y en Barcelona (a 6 décimas y 1 escaño de CiU). La aspersión de su electorado es proverbial: más de 1 millón a la abstención, más de medio millón a IU, más de medio millón a UPyD, casi medio millón a voto de protesta o testimonial y el resto a los territoriales, devolviéndoles los apoyos que le prestaron en 2008 para evitar el triunfo de PP.

La gravísima crisis económica de la zona euro nos hacia mirar, en plena campaña, a la evolución de la prima de riesgo de la deuda española, el desplome de las bolsas o los intereses de los bonos del Estado, así como la imposición de gobiernos de tecnócratas en Grecia e Italia.

Todo ello hace que se dispare la volatilidad (14,9 de tasa bruta agregada) hasta límites desconocidos desde 1982, lo que significa que se podrían haber intercambiado más de 3,5 millones de votos desde 2008. Además, si el 58% lo han hecho entre opciones de la misma familia ideológica (considerando a UPyD más en el centro izquierda que en el derecha por los orígenes de sus líderes y la procedencia mayoritaria de su electorado), el 43% lo ha hecho traspasando la frontera izquierda/derecha, en un viaje de ida y vuelta iniciado en el año 2000 (77%) y repetido en 2004 (84%).

Sin duda, lo más excepcional es la gravísima crisis económica global y de la zona euro, en particular,



Celebración en la C/Genova, sede del PP, la noche electoral del 20-N. Fotografía: Chema Moya (Efe)

que en plena campaña electoral nos hacía mirar más a la evolución de la prima de riesgo de la deuda española hasta los límites del rescate, el desplome de las bolsas o los intereses de los bonos del Estado, así como la imposición, sin contemplaciones democráticas, de gobiernos de tecnócratas en Grecia y, sobre todo, Italia. Por eso, no podía haber mucho margen para celebrar el triunfo, porque el ganador era muy consciente de que nunca nadie había obtenido tanto poder parlamentario e institucional (ayuntamientos y autonomías) con tan poca soberanía para manejar, sobre todo, la crisis económica. Y, si la gestión socialista de la crisis económica fue la palanca para que el PP se alzase con el triunfo, los resultados a corto y medio plazo de la nueva gestión de la misma por parte del nuevo gobierno de Mariano Rajoy van a ser su cara y su cruz.

En este contexto el estilo de gobierno, moderado y de consenso o no, va a ser determinante para que se cierre un ciclo en la política española y se abra otro. Pero, aunque la confianza y la reactivación económicas (con su gravísimo record de paro) sean lo más urgente, creo que las reformas institucionales de nuestra democracia van a ser la parte más importante de la agenda política de este ciclo nuevo. Una agenda de reformas institucionales profundas, incluidas las constitucionales, que mejoren nuestra calidad democrática

y en la línea de una efectiva separación de poderes (despolitización de muchas instituciones fundamentales), mayor transparencia y rendición de cuentas (ley de transparencia), mejor representatividad del pluralismo (ley electoral), mayor participación ciudadana y mayor eficiencia de las administraciones públicas (reforma y redimensionamiento profundos).

Como enseñante e investigador veterano, espero que, por fin, podamos construir un gran pacto por la calidad de la educación y la financiación de la universidad y la investigación. Y, finalmente, una reforma seria del modelo autonómico y su financiación en un claro horizonte federal, que lo establezca y lo cierre definitivamente. Lo aquí expuesto hace que estas elecciones puedan ser consideradas excepcionales y de consecuencias todavía poco previsibles, si sólo se miran con los parámetros anteriores.



Francisco J. Llera Ramo

Catedrático de Ciencia Política. Universidad del País Vasco.

francisco.llera@ehu.es